

EL DESIERTO

Relato. **Marc Caellas**

Pienso en la vieja estación de tren, convertida ahora en el despacho del vigilante, cuya única misión consiste en anotar en una libreta la hora exacta en que transita cada tren de mercancías que pasa por este pueblo. El último tren de pasajeros llegó en 1978 y desde entonces las vías sólo sirven para larguísimos convoyes que llegan desde o van hacia Laredo cargados de todo tipo de mercancías. Línea blanca, asegura Filisberto, sonriente.

Pienso que Esteban y yo parecemos los hermanos Lumière del teléfono móvil, filmando emocionados el paso del tren. Nos atrapa su sonido, la velocidad con la que transita, la fuerza del viento que levanta al pasar a medio metro de donde estamos de pie, quieto, registrando el movimiento de los convoyes.

Pienso en este cementerio al que llegamos después de una buena caminata, ya fuera del pueblo. Aquí lo llaman panteón, el panteón San Esteban en este caso, un panteón desordenado, un panteón lleno de montículos de barro con flores de colores por doquier.

Un respeto para los muertos.

Pienso en los nombres de los hombres de este pueblo: Adelaido, Cristino, Margarito o Silvino. Son nombres femeninos masculinizados. Un fenómeno curioso en esta sociedad mexicana.

Pienso en esta furgoneta, aquí le dicen Willys, con la que subimos a Real de Catorce, por un sendero empinado, bordeando un precipicio al que un leve error del conductor podría abocarnos. Sentados en el techo del vehículo, contemplamos un paisaje formidable, como estas ruinas de una antigua mina, al lado del río, que poco a poco va siento deglutida por la propia montaña.



ILUSTRACIÓN: MINERVA GARCÍA

Pienso en lo que escribió Geoff Dyer sobre las ruinas: "Las ruinas no invitan a pensar en cómo eran en su apogeo, antes de convertirse en ruinas. El Coliseo romano o el anfiteatro de Leptis Magna nunca han sido otra cosa que ruinas. Son ruinas eternas." Aquí ocurre lo mismo. No es posible que este edificio, una antigua mina de donde se extraía plata, haya tenido un aspecto más magnífico que ahora, rodeado de su propio

silencio. Las ruinas no te invitan a pensar en el pasado, te dirigen hacia el futuro. El efecto es casi profético. Así acabará el futuro. Así es como ha acabado siempre el futuro.

Pienso que el ritual del peyote se parece mucho al ritual de ir a recoger setas. Una diferencia es que para las setas uno no hace ayuno. No tendría sentido, ya que las setas se comerán más tarde, u otro día, a la plancha, o hervidas.

Por tanto, nada impide un copioso desayuno a base de pan con tomate y embutido. En cambio para el peyote conviene ayunar, para que la medicina haga su efecto. Pero primero hay que encontrarla. Un día como hoy, soleado, parece esconderse entre los arbustos. Cuando finalmente aparece, es el momento de arrodillarse, entregar la ofrenda, cortar la rodaja sin dañar la raíz y masticalo con entusiasmo, si es posible

acompañado con un gajo de mandarina para compensar el sabor agrio del cactus.

Pienso que si la ayahuasca es la abuelita, el peyote es el abuelito. Mientras una te reta, te pone de rodillas, te hace pedirle perdón, el otro te da fuerza, te empuja al abismo, te exige determinación para, por ejemplo, caminar por la ruta bajo un sol abrasador de mediodía convencido de que podrás llegar a destino con unas mínimas reservas de agua. Por suerte, a mitad de la innecesaria machada, unas almas caritativas te rescatan en su camioneta y te devuelven sano y salvo al campo base.

Pienso en mi sistema digestivo. ¿Aceptaré de buen grado este nuevo alimento? Pienso en lo absurdo de ir a un mercado, pongamos La Boquería, y encontrar frutas y verduras de todos lados, en cualquier época del año. Uno debería comer en cada lugar lo que la tierra genera en ese mismo lugar. Aquí, en este desierto, nace el peyote. Con respeto, cortamos la planta, sin arrancar la raíz y nos la comemos aquí mismo, mirando al cielo. Pienso entonces en mi familia, en mi madre y mi padre que decidieron juntarse, y de ahí salí yo. En mis hermanas, con las que crecí, y de las que me alejé, pero a las que no debería descuidar. Pienso en Portbou y en los lugares donde me conecto con energías o sensaciones, lugares donde me siento vivo, lugares donde si fuera menos escéptico diría que me habla gente de otras épocas, lugares donde celebrar cumpleaños, amores inesperados o casamientos temerarios.

Pienso en este desierto y me doy cuenta que, al fondo, las montañas, imponentes, me observan. Diría que fue Josep Pla quien escribió: "No se puede negar que las montañas están bien hechas. Si alguien no está conforme, para él la perra gorda. Hay quienes nunca están conformes".